

lo comía con palillos y tenedores, á imitación de lo que nos refieren algunas historias modernas de ciertos gentiles, grandes políticos y no menos ilustres filósofos morales. A todos los guisados recusaba y los llamaba grasientos, groseros y brodistas; adjudicábaselos á los estudiantes de las universidades, que estudiaban el derecho y daba por razón el decir que esta voz *ius, juris*, en latín, significaba el derecho y también el caldo; y por esta causa, en su opinión, todo jurista era brodio y todo brodio jurista. Hablaba como hombre idiota y que no había visitado las grandes escuelas de España, donde siguen esta prudentísima facultad los hijos de los mas poderosos y mas nobles hombres del reino y por ella ocupan eminentísimos puestos, así eclesiásticos como seglares. Digamos algo de su traje y adorno: su ropa blanca era mucha y muy costosa; esta no se lavaba en la parte común y plebeya del río, sino en lugar escogido, oculto y retirado; para este ejercicio tenía dos negras, tan presumidas y vanagloriosas de su jabonado, que decían ellas que se atrevían á jabonar á la misma nieve y á que saliese, después de jabonada de sus manos negras, mucho mas blanca. Reparemos un poco; advertid y considerad cómo osaron estas etiopisas y guineas tiznar á la soberbia y á la vanagloria haciéndose de su parcialidad y séquito; mas ¿cuándo la soberbia y la vanagloria no estuvieron tiznadas? Mas antigüedad tiene la tizne en la infernal soberbia que en la abrasada Etiopia; ella es carbon y polvoroso cisco, que arroja unas chispas de mas ruido que efecto, y al fin, un humo caliginoso y vano, que mientras mas se desvanece, mas presto se desaparece; según esto, cuando habita entre espíritus tan negros en su propia casa está, no ocupa nada ajeno. Dejemos á esta emperrada servidumbre y pasemos á los mercaderes y sastres, que en esto no harémos mas que dejar á los perros por los gatos; estos mas le desnudaron que le vistieron; mas así lo hacen con todos. Los demás ladrones que afligen la república, unos roban la ropa y otros el dinero; pero los mas de estos con la ropa que nos dan nos roban dinero y ropa. Lo peregrino y singular de su traje le hizo ser notado y escarnecido; mas había llegado á sutilizarse tanto su vanidad, que recibía los desprecios en cuenta de aplausos; los silbos le sonaban á vítores, y los vejámenes le hacían ruido de aclamaciones; mirábase tan arriba en su opinión, que no creía que nadie pudiese perderle el respeto sin quedar escrito en el número de los hombres juglares y placenteros; sin duda él era un culto, ó por mejor decir, un cultísimo de vestidos, porque no buscaba lo mejor en ellos, sino lo mas singular.

Con estos insensatos caprichos se dió gran priesa á desperdiciar mucha suma de hacienda, y si la muerte piadosísima no le hubiera prevenido en lo mas ardiente de su edad, tuviera su fin en la misma parte que Panza dichosa. Su testamento ridículo, de que dejamos referido algo, fué semejante al demás curso de la vida: mandó que sus vestidos y ropa blanca no se vendiesen, sino que se quemasen, porque mas quería que se con-

virtiesen en ceniza, que no que pasasen en los muldaderos de algunas personas sucias; sumo delirio no advertir que por este camino los enviaba al muladar mas presto, porque toda ceniza es polvo, y todo polvo muladar, que olvidado moria de sí mismo, pues no veía cuán cerca estaban su carne y sus huesos de la misma hediondez y podredumbre, y pretendía preservar á sus vestidos y ropa blanca de aquella injuria que á sí mismo no podía. Quiso ser abierto y embalsamado, y tanto mas confesaba ser corruptible, cuanto mas procuraba defenderse de la corrupción. Pretendió con esta vanidad lisonjearse á sí mismo en su cadáver y engañarse en aquello donde está el último y el mayor desengaño: los mas preciosos aromas no pueden cerrar la puerta á la corrupción, sino entretenerla; pues siendo así, ¿qué se consigne con esto sino mentirnos á nosotros propios y hacer burla y juego de las mayores y mas importantes veras? Yo pienso que estas son las especias aromáticas con que les sazonan la carne á los gusanos; para que la coman con mejor gusto sirvaes esto de pimienta y clavos y cómanlo poltronamente, sin romper los mares procelosos en demanda de la costosa especería, por quien tanta sangre se ha vertido, por quien tantos golfos se han surcado, buscándola unos hombres para otros hombres, la codicia de los unos para la gula de los otros. Volvamos al testamento: entre otras mandas pareció piadosa el dejar á las esclavas negras libres; mas ya ellas lo eran, porque en una familia que carece de gobierno cada uno sigue la ley de su voluntad. Hallóse que había destruido en galas ridículas, superfluas y afectadas una suma increíble. Entre los mortales ningunos son mayores locos que los que siguen esta senda, pues no advierten que el primer vestido se sacó de la tienda del pecado y que en nuestros padres primeros fué lo mismo que un sambenito, y nosotros somos tales, que hacemos del sambenito gala. Pues, hombrecillos ciegos y miserables, multiplicad vestidos y galas; pero ha de ser advirtiéndole que cuantas mas galas y vestidos os multiplicáredes, tantos mas sambenitos os multiplicais. Mas ¿qué dirémos de tantas cortesanas rameras que cometen tanto pecado torpe por una gala inútil, por un antojo bárbaro? Nuestros primeros padres Adán y Eva se vistieron de lo necesario para cubrir su desnudez porque pecaron; y estas, afrentosa injuria de la república cristiana, por vestirse de lo superfluo pecan. La invención del primer vestido fué para que sirviese á la honestidad y vergüenza, y al contrario, las tales por un vestido cometen infinitas desvergüenzas y deshonestidades; no vivimos con la necesidad, sino con la opinión, y de este daño se originan todas las ruinas de la virtud, porque el vestido también sirve como de escudo contra la inelencencia de los elementos, y este fué como segundo fin; pero nuestra vanidad ha introducido que sea ornato, ostentación y pompa.

A mucha parte de indios de los que descubrieron nuestros españoles se les dió nombre de bárbaros porque andaban desnudos; y ¿por qué no serémos también llamados bárbaros nosotros por andar superfluamente

vestidos? Y es tan necia la arrogancia de nuestra presunción y fantasía, que andando muchas veces casi desnudos, creemos que estamos muy bien vestidos; y esto nos sucede cuando es tan delgado lo que traemos y muchas veces tan rompido y acuchillado, que dejando de ser abrigo á nuestros miembros, solo sirve de entretener á los ojos de los que nos miran, con que parece que mas tratamos de vestir al agrado de ellos que á nuestra carne. ¿Qué enfermedades repentinas se siguen de este desabrigo? No pocas, y luego paramos en el mayor extremo de la desnudez, que es la muerte; pues para llevarnos á la sepultura nos desnudan casi en carnes, donde pasando mas adelante esta desnudez, los gusanos nos desnudan de ella y nos dejan en los huesos. Puedan pues algo estas razones con nosotros; salgan las verdades alguna vez con la victoria que tan de justicia se les debe para mayor gloria de aquel grande artífice que es fuente de la vida y para que nos halle mas libres y desocupados la muerte.

Este fué el fin del discurso de la vida del Majadero pulido y limpio afectado; y aunque pudiera cargar la consideración mucho sobre las acciones ridículas de este menguado vanísimo al entendimiento, me le inquietaron los ojos por haber pasado sus luces á la contemplación de otro retrato. Ocupábale la figurilla de un hombre tan pequeña, que pudieran consolarse con ella los pigmeos y los enanos; según esto, mal dije le ocupaba, pues el lienzo se mirara desierto en la mayor parte si no llenaran sus vacíos muchas plumas, procesos y tinteros. Arrebatóme el entendimiento la extrañeza de la pintura, y cuando me determinaba á tenerla por enigma me desengañó la inscripción, que decía así: *El pleiteante moledor y tramposo*. Viendo pues que conformaban el pincel y el título, se desasosegó mi ingenio, y corriendo á buscar su centro en el epitome, se entró luego por su discurso. Las razones de que se componía son las que se siguen:

## VIDA DEL VARON INFELIZ Y PERVERSO

JUSTAMENTE LLAMADO EL PLEITEANTE MOLEDOR Y TRAMPOSO.

HALLARÁSE EN ELLO TANTO DESENGAÑO COMO LÁSTIMA.

Las líneas de este pincel y los renglones de esta pluma, noble y cristiano ingenio, te proponen pintado y escrito al Pleiteante moledor y tramposo; considérale tan pequeño y negro, y hallarás que este fué un trasgo en los tribunales de los jueces y una pulga en los oficios de los escribanos criminales y civiles, mas vivo que el azogue, mas perjudicial y mas penetrante. Sus padres fueron viles, su patria nobilísima; ellos con hierros en los rostros, con hierros en las gargantas, y muchos mas yerros en las costumbres, manifestaban ser esclavos; mas el color de su rostro aun los infamaba mas, porque los acusaba por mulatos; traían en él crédito constante para la presunción de toda maldad atrocísima y alevé, y era lo mismo que ir diciendo: ¿Afuera, afuera, aparta, aparta! Entramos eran de Berbería, tierra que lleva mejores dátiles que personas; él, no contento con solo ser perro, se pasó de extremo á extremo y se preció mucho mas de ser gato, y dióse tanta priesa á meter la uña, que le ahorró la horca. Diéronle cordelejo á vista de mucho pueblo y estuvo tan léjos de correrse por ello, que aunque mostró mucha travesura en los pies, no se podrá decir con verdad que diese un solo paso con ellos; tuvo mucho de extraordinario este vejámen, porque no se le dieron con voces, sino con patadas, y él, como en desprecio de este desprecio, después de haber hecho piernas, se mostró muy estirado. Este fin tuvo el uno de los que dieron principio al Pleiteante moledor y tramposo; digo que este fin tuvo su padre y con el mis-

mo acabaron su abuelo y bisabuelo, de modo que pudo decir que venía de un linaje, que aunque nacían bajamente, altamente morían. La berberisca madre fué ave nocturna, y tal, que á nadie reconoció ventaja en el volar; por el cañon de una chimenea subía tan derecha por la línea de en medio, que á ninguna dejó desollada, quise decir deshollinada, si es que á las chimeneas las sirve su hollín de pellejo, permítasenos esta tiznada licencia y pase por término culto. Su amo pretendió para las Indias, y valióse de las malas artes de su esclava para su pretension; creyó; oh ciego! haber conseguido por medio de ellas un gran oficio; por esta causa antes de partirse la dejó libre y todos sus bienes muebles; bien que el título que se daba en público á esta liberalidad era diferente; él pereció en el agua, y ella en el fuego, de modo que á él las ondas y las llamas á ella castigaron sus cercos y conjuros; tales fueron los padres y tal el amo de Martinillo, asunto de nuestro epitome, en cuyas muertes al amo le sobró el agua, á la madre la sobró el fuego, y al padre le faltó el aire. Este es pues aquel Martinillo Pleiteante moledor y tramposo, y aun se le quedaron á deber mas atroces títulos; el progreso de su historia me sacará verdadero. Digamos su patria, porque ella á él, aun con ser tan vil, podrá honrarle, y él á ella en nada dejarla ofendida; tan ilustre es, tan magnífica, tan populosa, tan opulenta; ¿será menester con esto que os diga que fué la gran Sevilla? Ya lo dije; ¿y para qué? Pues las señas no pueden venirle bien á otra

alguna del orbe; yo os lo diré y advertid, para que la ciega pasión que podeis tener á otras ciudades no os obligue á hacerlos árbitros de este laurel, dándole cada uno á la que reconoce por patria. Quedó Martinillo con cinco años en la edad y en las malicias como si hubieran pasado por él muchos millones de siglos; el ser en el color muy negro y en el hablar pesado y prolijo hizo que se presumiese que no se le había puesto acaso el nombre de Martinillo. Crióle su amo como á hijo, y aun lo parecía, porque en las costumbres se diferenciaban poco; enseñáronle á leer, escribir y contar y tanto latín, que á ser Juan, supuesto que no era nada blanco, pudiera ser segundo Juan Latino; era singularísima su invectiva para toda maldad, para todo embuste, para todo fingimiento y cautela; su inclinación á solicitar causas, á bullir pleitos resucitando los ya olvidados y fabricando otros de nuevo; los bienes de su madre fueron confiscados; y así, aunque fué su hijo, no su heredero; mas una tía suya, hermana de ella, pescadera en el oficio, y en las costumbres pecadora carnal y torpe, con lo que había pescado, no en la mar, sino en las bolsas ajenas con sus malos pesos, le dejó acomodado y rico. No se gozó él tanto con la herencia como con que le trajó pleitos; parecía á él que había heredado mas en ellos que en ella, y como un muchacho goloso que cuando le dan alguna cosa dulce la come muy despacio porque no se le acabe, así este llevaba los pleitos con pasos muy dormidos, porque le durase aquella causídica inquietud y aquel desasosiego litigioso. Diéronle una sentencia en favor en cierto pleito, y como la parte contraria apelase para esta corte, y sus letrados se lo disuadiesen porque no tenía justicia, apeló él también de la misma sentencia, tomando por color que no le habían adjudicado todo lo que él decía pertenecerle, y no era sino el dolor de ver que el pleito se le moría entre las manos; á esto se juntaba el deseo de venir á este bellissimo lugarazo á ejercitar en tanta variedad de tribunales como tiene su inclinación turbulenta, tan ocasionada á peligros como pasos, porque no se da paso sin peligro en los pleitos, y es fuerza que los peligros sean muchos, porque los pasos no pueden ser pocos: apenas puso los piés en esta admirable cuanto confusa Babilonia, cuando corrió como á su centro á la plazuela, que con ser su nombre San Salvador, solo pretenden en ella los que la frecuentan condenarse los unos á los otros, porque este es el fin de los pleitos. Parecióle poco el tráfago y que no sonaba aquel ruido á tanta trampa y cautela como su naturaleza le pedía; partió luego á toda diligencia apresurada y congojosa á la que llamamos de Santa Cruz, y aunque él fué con tanta prisa, yo me detengo despacio á considerar cómo pudo ser que se diesen á estas dos plazuelas, donde tantas injurias contra el Salvador del linaje humano se cometen, á la una su sacratísimo nombre, y á la otra el del lugar santísimo donde nos salvó; mas volvamos á Martinillo, que ha llegado al campo mas deleitoso y florido de cuantos le pudo pintar y mentir su tan alevosa cuanto sutil imaginación. Apenas se vió en aquella, aunque al parecer pequeña en sitio, en

lo demás dilatadísima provincia, cuando la dió con los labios la paz, que ni ella tenía ni quería ni podía tener, y él era el que menos deseaba que la tuviese, porque aunque es verdad que la ceremonia fué tan pacífica, el ánimo venia sangriento y belicoso. Deleitóse contemplando en su idea aquellos cuatro rios invisibles que la ciñen, y admiróse de ver que con ser tan caudalosos, mientras mas la regaban, correspondía con peores frutos. Digamos pues sus nombres en gracia de los lectores candidísimos que nos sufren y nos perdonan; son estos: El Tajo, el Ebro, el Marañon y Esguevilla. Expliquémonos mas y hablemos clarito como el agua, pues tratamos de estos clarísimos rios. Digo otra vez clarísimos, aunque no son venecianos; por el Tajo se entiende el de muchas plumas escribanistas, cuya agua, cuya tinta ni sabe ni puede ni quiere correr sino es por entre arenas de oro. Del Ebro, á quien llaman traidor, porque naciendo en Castilla, riega en Aragon. De este beben algunos solicitadorcillos alevos y muy alevos, porque mostrándose defensores de la una de las partes, acuden con avisos á la otra, y tal vez suelen engañarla en ellos, con que las estafan y las pierden á entrambas; pero es mucho mayor el número de los que gustan el agua del rio Marañon, el procurador, el pleiteante, el escribano, el abogado, el alguacil y el solicitadorcillo; y preguntada la razon, responden que por ser aquella agua sutil y delgadísima la beben todos los cortesanos. El Esguevilla se le aplicamos á todo escribanillo, á todo porterejo de aquellos que son podencos entre once y doce. Digo podencos otra vez, pues por el olor descubren la caza que buscan, y la razon por que se le aplicamos es considerando que es bien que estos ministros inmundos y espesos tengan por su compadre y paniaguado á este chirrion acuátil, y no digo chirrion cristalino por no manchar voz tan limpia con este asqueroso fragmento de Pisnerga. Estas son las metafóricas corrientes y las ondas alegóricas de quien se baña la provincia inconquistable que tanto deleitaba á Martinillo; reframos ya cómo se portaba con ella; atronemos el mundo con narracion de tanto estruendo y con tan vocinglera pintura. Apenas rompía el alba las tinieblas, aunque en aquel sitio jamás quedan del todo rompidas, cuando se paseaba por sus portales; paseábase bullicioso, haciendo con el gesto visajes, con las manos peregrinas acciones. Hablaba con aquellos valientes postes, que muchas veces con ser de piedra y tan dura; pienso que los tenía cansados y rendidos su prolija importunacion. Hallábase al abrir de los escritorios, al poner de las mesas, al acomodar de los bancos; saludábase con todos y guardaba este orden sin jamás alterarle. A los personajes que allí se llaman secretarios hacia la inclinacion hasta el suelo, á los papelistas algo menos; abrazábase con los procuradores, hacíase gracioso con los alguaciles, que es gente de buena carcajada y pagan con risadas de contado á todo aquello que les parece que está bien dicho, con sal y gracia. Entrábase luego en el oficio donde le parecía que empezaba á bullir pueblo; oía á diversos pleiteantes, á quien daba consejos y arbitrios sin pedírselos ni pagárselos; oíanle

algunos con gusto, porque les parecía que su ingenio era agudo, y era así; pero todas sus agudezas se encaminaban á que los pleitos fuesen eternos y jamás pereciesen. Entrábase luego en la cárcel, hacia memoriales á los presos, hablaba por ellos á los jueces y relatores, dando recaudos falsos, haciéndose criado de algun gran príncipe, y esto con tanta elocacia, que los dejaba ofendidos y cansados. No recibía de esto ninguna paga mas de aquella que le daba el gusto de manosear procesos y bullir entre plumas y tinteros. De aquí caminaba á palacio, donde tenía tres pleitos adquiridos y conquistados á fuerza de su dinero. Nadie puede pleitear sin gasto, y por esto huyen algunos aun de los pleitos en que tienen justicia; mas este, á costa de mucho gasto ¡oh increíble delirio! compraba ocasiones en que hacer inmenso gasto, porque apenas puso fin al pleito que trajo de Sevilla, cuando por no morir como el pez fuera del agua, compró á tres diferentes personas el derecho de tres diferentes pleitos, que son los arriba referidos, bien inciertos y dudosos; extraño y peregrino empleo y hasta ahora nunca visto, porque todos los tratantes del mundo emplean su caudal para ganar con él y ganarse; mas este tratante en litigios empleaba su caudal para perderle y perderse, con que se conoció bien que este hombrecillo bullidor y tacaño no era pleiteante por necesidad, sino pleitista artificioso por su malvada naturaleza; solicitábalos con tan afectadas diligencias á todos tiempos, á todas horas, sin perdonar aun á los dias mas feriados, que con esta molestísima importunacion traía á todos los que intervenían en sus pleitos con aquellas angustias que padecen los navegantes bisonos cuando se marean. Por esta causa apenas ponía los piés en el patio grande de palacio, cuando aun aquellas fortísimas columnas se estremecían, y si te hallaras presente, lector carísimo, creyeras que se había soltado algun leon africano; tanto era el ruido, tanta la confusion, y algunos huían de él por aquellas escaleras arriba y le atendían desde aquellos altísimos corredores, no sin miedo, como quien mira á un toro. Preguntarás, y no será pregunta vana ni ociosa, que cómo si deseaba tanto la duracion de los pleitos les daba tanta prisa con su importuna solicitud. A esto se responde que á este no le parecía que pleiteaba en faltando para él mucho cansancio y no menos molestia para todos los que participaban de sus causas. Así lo decía él, afirmando que todo lo que no era pleitear así no era pleito, sino ocio. Verdad es que en Sevilla siguió sus pleitos con diligencias dormidas; pero tomó otra navegacion en Madrid, reconociendo que era imposible, como él los quisiese, faltarle pleitos, suyos ó ajenos, en esta gran corte. Ajenos solicitó no pocos, y seguialos con no menos atencion y diligencia que los suyos, porque este no pleiteaba por vencer los pleitos, sino por bullir y trafagar con ellos. Fué el mas insigne de su tiempo en la inventiva de las trampas, y es cosa admirable, rarísima y bien singular que todas cuantas hacia miraban á la duracion del pleito, no al vencimiento. Jamás fué su intento despojar á nadie ni aun de solo un hilo, sino en pleitear y en procesar á todo el linaje hu-

mano; mas como se llegase el dia fatal en que se vió desierto, así de pleitos propios como ajenos, y sintiese que por instantes se le iban ahogando los espíritus vitales, dió en un ingeniosísimo arbitrio para tener pleito por toda su vida y de quien se originasen tantos pleitos como dias tiene el año y como el dia tiene horas, y aun para entrar en este pleito lo encaminó de suerte, que precedieron antes de él otros pleitos fatigadísimos y algo escandalosos. Determinóse á casar, pero con engaño y alevosía precedente para que esta sirviese de fundamento á su endemoniada pleitesía; vió una mozoela, su nombre Inés, tan mozoela, que aun para cumplir los diez y seis años le faltaban algunas semanas. Era virgen titular, y doncella en opinion; al fin su castidad era un argumento de solucion muy dificultosa. El padre fué un sastrecillo bullidor, grande caballero de taza en puño, tan diestro, que cuando entraba con ella en las justas de Baco, á nadie derribaba en tierra, sino á sí mismo. Era tan descosido de conciencia y lengua como mal cosedor con las manos. Con la lengua cortaba él de vestir, que con las tijeras no. Cosía con mucha flojedad los vestidos, y descosía con diabólica malicia las honras. Con esto obligó á que le diesen una leccion de coser bien en su propia persona, cosiéndole á puñaladas, tan bien cosido y tan mal, que no cosió mas; á lo que se dice le cosieron con una pared, que fué lo mismo que echarle un aforro de cal y canto. La madre, ni aguada ni vinosa, fué persona de continuas meditaciones, mas no espirituales; toda su atencion la cargaba sobre lo temporal, y de lo temporal no en lo mas limpio, sino en lo mas útil, al fin, con sus porfiados estudios alcanzó tan escogidos discursos, que nadie se los alcanzaba. Estos le adquirieron á su hija Inés un rico dote, no en galas ni en joyas, que estas siempre fueron modestas, tanto, que ni pudieron llamarse joyas ni galas, sino en buenas posesiones, como si dijésemos casas con tejas y balcones tan grandes, que pudieran ser aposentos en otras casas; balcones de aquellos que á tener sentido se pudieran desvanecer, así por estar en lugar tan alto como por verse teñidos con aquel precioso color azul y resplandeciente, y aun con todo este aparato pretendía que á su hija la creyésemos virgen con toda su flor, intacta y purísima; mas ¿qué mas flor que engañar con esta agostadísima flor á tantos simplices? Pues no era pequeña la parcialidad que lo defendía y juraba. Enriqueciólas cierta persona de gran puesto, que por particulares circunstancias era mas interesada en el secreto que ellas mismas; con esto daban nombre de herencia á la torpe ganancia, haciendo sombra á esta mentira un testamento supuesto de un hermano de su abuela materna, que decían haber algunos años que pasó de este mundo, estando aun por nacer; reveñenciaba á esta fábula alguna gente sencilla y llana como á verdad calificadísima; mas no me admiro, porque este fué uno de los casos que sin ser verdaderos parecen verisímiles. Tal era la hipocresía de la madraza socarrona, que con ser un epílogo de todos los vicios, en poniéndose la máscara de la virtud, nos equivocaba los mas nobles sentidos y hacia que las apariencias pasasen por

evidencias. A esta venerable anciana codició por suegra nuestro azogado Martinillo; tingióse gran caballero y valiósse de alguna gente echadiza y pagada, que lo aseguró por verdad constante; fácil y comun empresa entre los cortesanos de buena inventiva, de aquellos hablo que se ponen el don despues de mayores de veinte y cinco, de modo que el de estos viene á ser un don varonil, venerable y valiente, venerable por la barba, y valiente por los eriminales mostachos. Parecen estos tales dones, dones armenios por la barbona espesura; son dones puestos adrede, y unos dones donados de los verdaderos dones. Muchos hay de éstos caballeros asustados que se sirven del don en un barrio, y en otro le traen baldado y baldío: por estas razones he llegado á creer que debe de haber un baratillo de dones de viejo, porque no consiste en tenerle mas que en quererle tener, y yo me le hubiera ya vestido, sino que me han dicho que no por eso anda un hombre mas fresco en el verano ni mas caliente en el invierno. Item mas, que no es cosa que se empeña ni se vende y que solo sirve de añadir tres letras mas al nombre y de embarazar mas papel con la firma; pero como todas estas consideraciones no le ocurriesen entónces á Martinillo, y por el contrario, juzgase que le estaba bien para su embeleco, habiendo tal como hoy anohecido Martinillo, tal como mañana amaneció don Martin y empezó á tejer su novela ignominiosamente. Era la tal Inés cuanto hermosa ignorantísima, que sucede, y no pocas veces, engendrar padres muy sabios hijos muy necios; por esta causa pudo la elocuencia civil y tacaña de nuestro don Martinillo deslumbrar á la bellissima Inés, con que deslumbró á aquella que era la lumbrera de la lumbrera de los ojos de los mas sutiles y curiosos cortesanos. Hablábala de noche sin sabiduria de su madre, aumentando tinieblas á las tinieblas con su engaño, porque la encantó de suerte con su canto este mas ruin señor que ruiseñor, que fiada de una palabra de casamiento en agraz y no madura que la dió delante de unas esclavas sobornadas y soñolientas, porque estaban bien bebidas, que despues confirmó con un cedulon jurado y perjurado, le hizo dueño de toda aquella virginidad postiza y remendada, como aquella que nació en casa de padre que no supo otro oficio sino remendar. Retiróse luego el caballero del don reciente, no por la razon que otros lo hicieran, que es el haber desfogado su deseo y satisfecho su apetito, sino porque conoció que en aquel poco papel del cedulon que habia dejado se encenderia el fuego de un pleito solemnísimo, tal, que á él le trujese muy ocupado y solícito y á toda la corte entretenida y admirada; y fué tan dichoso, si es dicha lograr un hombre su inclinacion, aunque sea tal, que excedió el suceso á la esperanza, porque él se prometió solo un pleito, y se halló con dos y entrambos criminales. Fué el caso que mataron á un correo la misma noche que él gozó de la bellissima Inés cerca de los umbrales de su puerta. Pedíanle entrambas sangres, y ninguna habia vertido, ni la del correo postillon ni la de la virgen postiza. De la del postillon caminante parecieron presto los culpados, y quedó absuelto de la sospecha. De

la postiza virgen bien pudiera parecer el que hizo el sacrificio sangriento, si él quisiera; pero por su autoridad estaba cerrada aun la primera noticia con mucha espesura de nieblas.

Don Martinillo, que ya habia empezado á saborearse con aquellas contiendas criminales, porque antes todos sus pleitos habian sido civiles, civilísimos, sintió mucho que la fama falsa que le atribuyó aquella muerte se hubiese muerto tan por la posta, que no pudo dejar de postear por ser cosa tan perteneciente á un hombre que era correo. Tuvo consultores en la cárcel que le libraron de aquella impertinentísima congoja y le dieron un consejo para su propósito muy á propósito; aconsejaronle que si deseaba pleitos fijos y permanentes, que celebrase luego aquel matrimonio ensuegrado, pues tantos pleitos tendria cuantos instantes pasasen por las vidas de él y de su atrocísima suegra. Aceptó luego el consejo y recibióle por arbitrio; sacaronle de la cárcel, y á la verdad para llevarle á otra mayor, pero él halló en ella lo sumo de su deleite. Entraron con él Tisifone y Alecto y toda la tropa horrible de las infernales furias; entraron con él apadrinándole en casa de su suegra, matrona perdurable y escollo, aunque de carne, mas duro, mas invencible que las mismas rocas; por ésta causa le valieron poco contra ella, antes le ayudaron á perderse mas presto, porque como la vieja fuese persona de gran consejo y circunspeccion, aunque la misma noche del desposorio y los ocho dias siguientes la dió muchas ocasiones para que se armase alguna procelosa borrasca y se fuesen engrosando mas y mas las olas, ella inmutable con la aspereza y severidad del semblante respondia sin hacer estruendo escandaloso con la lengua. Toda su retórica era muda, y cuanto mas muda, tanto mas afectuosa; por esto acudió á la simplona de su mujer, y con ella tuvo azulísimas cuestiones, no porque nada le diese celos, que antes se alegraba con las visiones y fantasmas; no era de los maridos asustados y ceñudos, sino de los muy corteses, comedidos y placenteros, demás de que de estas sombras él veia muy poco ó nada, porque el artificio de aquella maestra siempre fué mucho, siempre muy sagaz, siempre muy atento, al fin, él reñia con su mujer no mas de por reñir; reñíala porque salia de casa, y tambien la reñia porque guardaba clausura; hoy la reñia las muchas galas, y mañana la culpaba su desaliño y desaseo; despedia los criados y criadas sin pagarles su salario, no por no pagar, sino por pleitear con ellos; dió en tomar muchas cosas fiadas pudiendo pagarlas luego de contado, no mas de porque conocia que no pagando, como no pagaba al plazo señalado, se habia de levantar luego pleito y maraña. Tambien les resistia las pagas á todos los oficiales mecánicos, aunque fuesen de las mas comunes menudencias; con esto hervia en pleitos, y cuando todos ellos perecian, pleiteaba el solicitador con él sobre la pagá de sus pasos.

Era este desatinado hombrecillo pleito de pleitos como cuento de cuentos y como una cadena de causas criminales y civiles que las unas se eslabonaban de las otras; al médico, al cirujano y al barbero que los tenia asala-

riados y al boticario que le fiaba las medicinas jamás pagó sin que precediese primero mandamiento de juez. No fué menos molesto á los tribunales eclesiásticos, y hasta con su majestad tuvo tres pleitos, y todos tres comprados, que son los que ya tenemos arriba referidos, porque aun persona tan soberana no se librase de este malsin ingenio, de este proceso vivo. La simplona de Inés, aunque simplona, alumbrada de su madre y de algunas amigas ancianas que eran consejeras útiles, reconoció los daños que se le seguian á su quietud y á su hacienda con un hombre tan perturbador de todo el linaje humano y que solo habia nacido para riqueza de los abogados y procuradores y destruccion de sí mismo y de todos los suyos, y tambien de todos aquellos contra quien armase los pleitos. Entraron en consulta buscando arbitrios para salir del poder de un hombre tan peligroso; juntóse todo aquel senado venerable y reverendo de tocas largas, venerable dije, y ahora digo digno de ser venerado siempre, porque aunque todos sus magistrados eran femeninos, las resoluciones fueron siempre muy varoniles. Ventilóse el negocio, y echada bien la cuenta, hallaron que no podian expeler á don Martinillo sin pleito. Consideraba, y no sin justo dolor, la venerable madraza que le habian traído á casa con pleito, que en ella habia fabricado muchos pleitos y que sin pleito no podian expelerle de ella. Advertía que para hacerse á sí mismas el placer de echarle de casa habia de ser con el pesar de poner pleito, y por el contrario, el pesar que á él le hacian poniéndole en la calle le contrapesaba con el placer de andar trafagando por las audiencias; finalmente, ni á él le podian hacer pesar que del todo lo fuese, ni para sí se podian tomar placer que no les viniese muy menguado; demás de que el pleito era una maldad atrocísima, aunque dicen que algo usada, fingir y probarlo con testigos hechizos que habia puesto las manos en ella con tanta cólera, que llegó á desnudar la espada para matarla; tocaron con esto en lo sumo de la mentira.

Tan virgen estuviera la señora doña Inés cuando don Martinillo la gozó como estaba su espada, porque aunque es verdad que él se deleitaba mucho con las hojas, era en esta forma: con las de los procesos siempre, con las de las espadas nunca; con hojear solo las hojas de los procesos se deleitaba; pero de ver las hojas de las espadas desnudas temblaba mas que la hoja en el árbol; al fin, la resolucio fué terrible; pero ejecutóse, y no le pesaba al tal don Martinillo por pleitear y bullir; pero no le salió aquel regodeo de mucha dura; fué gozo fugitivo y deleite sutilísimo que se le desapareció como el humo, porque el favor y el dinero que ellas tenian no escaseó; abrevió la sentencia del divoreio, con que se halló en un instante sin pleito, sin mujer y sin suegra, que otro juzgara por tres sumas felicidades. No se desmayó con esto el mas que civil don Martinillo; inquietaba la calle de su esposa y levantaba pendencies de las mismas piedras, que siendo todas las de Madrid fuego, serian pendencies muy fogosas; tan de las piedras las levantaba, que tropezando una noche en una grande y descalabrándose, dijo que la habia puesto allí con mali-

cia y dió criminal querella; esto mas fué dar que recibir la pedrada. Tanta importunacion aun las mismas piedras no pudieran sufrirla; ¿qué mucho que unas mujeres tiernas se cansasen? Por esto buscaron el mas fácil despiciente, aunque el mas atroz; encomendaron el despacho de su persona á dos oficiales de la matanza, carniceros inhumanos y vertedores de humana sangre, que habiéndole espiado una tarde de aquellas tan impías cuanto ardientes de los rabiosos caniculares, rabiosos dije y con propiedad, porque aquellas estrellas fritas de la Caniculason dos perros fogosísimos, y siéndolo, no hay que admirarse ni de que ellos rabien, ni de que nos hagan rabiar con su emperrada influencia.

Una pues de estas tardes que venia de bañarse del rio le bañaron en su sangre; con esto recibió aquel dia dos baños, de su sangre el uno, y del agua de Manzanares el otro; el primero él propio se le habia tomado por su eleccion, el segundo le recibió de mano ajena contra su voluntad; al fin, fué en hombros ajenos llevado á su casa, que era en la calle de Atocha, y al pasar por los escritorios del crimen hizo que le entrasen en uno de ellos, y con palabras casi no pronunciadas, interrumpidas y cadentes, dió una horrible querella de su suegra y esposa y poder á un procurador para que la siguiese despues de él muerto. Espiró al instante, y ahora me admiro mucho cómo se pudo morir este hombrezuelo en medio de su mayor deleite, que era el pleitear; con esto dejó un pleito póstumo para que se pudiese decir con verdad que aun siendo cadáver habia pleiteado y asistido en los escritorios entre escribanos, procuradores y alguaciles. Estos son los que le ayudaron á bien morir, mirad qué padres de la compañía de Jesus; pero como él acabó sin sacramentos y murió mal, por eso le ayudaron á morir, porque escribanos y alguaciles siempre ayudan á los que mal mueren y aun son causa de que mueran tan mal.

Esto se ha dicho sin injuria de algunos en quien resplandecen muchas virtudes y que por ellas merecian ser premiados.

La esposa y mujer del violento Martinillo salieron bien de la horrible querella y aun con facilidad, porque apenas hubo quien la siguiese, muchos que la persiguiesen sí. Este fué un milagro comun de dos, parte el favor, y parte el dinero, que son los tutelares y patronos de aquel distrito. Mandó que le enterrasen en Santa Cruz por estar en el barrio de los pleitos y porque ya que le hubiesen de pisar, fuesen los piés de los pleiteantes y los de todos aquellos que los ayudan y los pierden. Miserable y congojadísima fué la vida de este hombrezuelo, pues aun antes de salir de esta carne caduca y mortal, se anticipó el infierno, conversando con la discordia, que es uno de los mas principales ministros de aquella ciudad horrible. En mi opinion, todo soldado pleitea, todo pleiteante milita; por esto pudo ser que las de los procesos de los unos y las espadas de los otros se llamasen hojas.

No fué menos que pluma imperial la que dijo que á la majestad de los príncipes convenia el estar armada con